

JOSÉ GARCÍA TEMPLADO

ERA SU PRIMER CADÁVER

DEL SALTO DE LA NOVIA
AL PUERTO DE LA LUNA



Capítulo 1

Confuso en el vacío de la noche esperaba con temor la plenitud del día. «No debes dejar que la esperanza te engañe, busca tu destino», me decía, sin atender promesas ni voces generosas que solo buscan su beneficio, su libertad, no la tuya. Oía cantos de sirena que el viento levantaba entre las cañas, ese seguro camuflaje que bordea el río Segura. No alcanzaba a ver hacia dónde me llevaría. ¡¿Dónde?! No era una exclamación, sino una pregunta que la urgencia repetía y la razón arrojaba al fondo oscuro del caos. El murmullo efervescente que la arañada superficie del agua levantaba me envolvía en un caparazón energético que me permitía cerrar los ojos para no caer, paradójicamente, en la popular expresión: «¡Que sea lo que Dios quiera!».

No dejes que el destino te lo marquen, huye de la muerte sin pensar en la tuya. Hay quien dice que la muerte es la solución de todos los males, de todos los problemas, pero, como Molière aconsejó, no debemos echar mano de esta solución hasta última hora. La mente se nubla y no encuentras cómo desarrollar un pensamiento. Se repite sin ver una sola salida. Ni siquiera puedes retroceder hasta las causas que han provocado tu situación. Solo

lamentas haber optado por una ambición que te ha llevado hasta este laberinto en el que te hallas.

La refracción de los rayos de luna sobre el agua, si lograban eludir los cañaverales, los álamos, los sauces llorones, los cedros o los chopos de los parques que a tres bolillo bordean las márgenes del río herían mis ojos como grandes reflectores que no permitían que ocultara mi figura. Gritaban mi presencia como una sentencia de muerte. Dejé de respirar unos momentos, como si la falta de oxígeno pudiera hacerme invisible. El murmullo creciente del agua me prevenía de la proximidad de una presa de derivación. Las inundaciones otoñales habían arrastrado maleza y utensilios desechados que se acumulaban en los bordes de los rompientes. A la siguiente vuelta aparecería el *bins* de origen romano que Ibn Hud incluyó en su anhelado proyecto cultural. Debía estar atento para que mi cabeza no rodara por la mano justiciera del cable que atravesaba el río y sostenía a Guillermina, la barca, el puente flotante de Menjú. Solo sirvió para que mi borrascoso pensamiento aplacara por un momento la angustia que me asediaba. Mi necesidad primordial exigía ahora mantener libre la atención que debía ocuparse de salvar el peligro. No necesitaba pensar mucho para saber que no debía abandonar el río hasta salvar el cable de Guillermina. La maleza acumulada había elevado los bordes de la presa y del cauce de la acequia Charrara al tiempo que su velocidad, aunque no lo bastante para hacer navegable la acequia. Estábamos muy lejos en el tiempo de la creación del tramo deportivo Cieza-Abarán-Blanca del Club de Piraguas. Iba o va desde los Almadenes hasta el Sorbente, ahora también sumergido por el Transvase. Equivalía al tramo «olímpico» de una etapa. Cuando pude reconciliarme con mi preocupación vital, volví a pensar en esta difícil navegación que yo quería ocultar. No había más remedio. Me repetía constantemente que el río era la única vía para salir de Cieza, la única posiblemente no controlada por

la Compañía. No comprendía cómo había intentado aquella jugada. Sabía que Eliot andaba detrás de la fortuna de los Hud. Se habló mucho de ella, pero nunca pensamos que al menos una parte pudiera haber llegado hasta nosotros. La guerra hizo desaparecer muchas cosas, pero también dejó muchas otras al descubierto. Estaba vendido. Nunca tuve vista para los negocios. No sé por qué iba a tenerla en una conspiración, porque eso era. No es que yo la planificara, pero me dejé involucrar.

En aquel momento me pareció volar; cada caída de la barca me salpicaba el rostro, la decisión chorreaba en mis mejillas y me dejaba en la piel un tacto neto, limpio, que no se correspondía con la borrascosa agitación de mi esperanza. El agua perdía velocidad, no me tenía que esforzar para no estrellarme en las excrecencias rocosas que marcaban la dirección del cauce. El río se amansaba distanciando las orillas y removía sus entrañas con el cuidado de un ángel ciego. Todavía la oscuridad obligaba a intuir favores y mezquindades de la naturaleza. Pese a la sombra proyectada por la empinada margen derecha del río que volvía a dirigir el caminar del agua, supuse que estábamos pasando por las Canales. Me extrañó no haber notado por su peculiar ruido el paso por la fuente del Borbotón, aunque tampoco tenía yo la cabeza para extasiarme con las beldades de mi tierra. La frenada paulatina y de nuevo la luz de la luna en cuarto creciente me hicieron ver/intuir las junqueras en las manchas oscuras que ennegrecían la orilla arenosa a la altura de la Ñorica. Ya comenzaba a imponerse un nuevo clamor de agua derramada sobre la doble presa del Molino y la Central de los Sagrados Corazones. Un arduo problema porque a la margen izquierda la hacían impracticable los tupidos cañaverales que la protegían hasta el parque y la salida por las junqueras me obligaba a arrastrar la embarcación —si es que aquello podía llamarse así— por delante de la central eléctrica en la que siempre había alguien de guardia. Un chusco espec-

táculo que no me podía permitir. Al contrario que Confucio, yo sí lamentaba no ser desconocido de los hombres tanto como de conocerlos —me refiero, claro, a los que pudiera encontrarme en aquella contingencia y, sobre todo, a los que esperaba no encontrar ni allí ni en ningún otro lugar—.

Llevaba una maroma, así que me dispuse a arrostrar el peligro de bajar la barca por la presa. Al pasar bajo el pequeño puente que atraviesa el canal de la central, salté y alcé los brazos para agarrar las vigas de hierro que lo sostienen. No logré detenerme, pero sí aminorar la marcha, que había alcanzado una velocidad desafiada, lo suficiente para asir con ayuda de la cuerda el torniquete, tornillo o como se llame el alma de la compuerta, para efectuar la maniobra. La compuerta estaba situada al final de la presa y servía para regular el nivel del agua.

Volví a respirar al verme navegar de nuevo. Y pronto el agua desbocó su ímpetu avaricioso agujoneada por la profundidad del lecho y la confluencia de los canales. Me estaba acostumbrando a las contrariedades y me estaba haciendo menos propicio a las sorpresas. Pronto llegaría a la central de Nicolás; el canal tenía un cauce mayor que la de los Sagrados Corazones, pero una presa de derivación simple, fácil de salvar. Quise ocultar o al menos disimular mi presencia amparándome en las sombras de la luna que la elevada margen derecha proyecta sobre el rápido movimiento de las aguas. Y quise descubrir al mismo tiempo si la propicia frondosidad de la alameda del parque cobijaba parejas de enamorados. No era nada morboso, sino materia de seguridad.

Girada tenía la cabeza cuando un estúpido «¡¡crac!!» me hizo volar sobre las aguas. La pica había destrozado mi embarcación. Algunas tablas se quedaron en el remanso lateral que la pica formaba en la orilla. La dichosa pica, ese pilar sumergido y abandonado, quedó ahí cuando el ingeniero que proyectó el puente, *motu proprio* o forzado, decidió variar la posición que tenía en el

proyecto inicial. Una buena parte del bote semiflotaba a mayor velocidad que yo y me golpeó el cogote. Intenté alcanzarla, pero fue inútil. Pronto las aguas empezaron a perder su salvaje ímpetu y comencé a nadar hacia la orilla que alcancé casi quinientos metros más abajo. Mi primera providencia fue desnudarme e intentar escurrir las ropas, convertidas en un improvisado manantial inagotable. La humedad se me clavaba en los huesos con la sonrisa letal de las estepas rusas. Dicen que los que mueren de frío dibujan su rostro con una sonrisa. Mis dientes castañeban con el sonido hueco de una calavera con párkinson. No logré estirarme del todo, a pesar de mi gesto arrogante. Dejé las ganas de llorar para otro momento y pensé solamente en que mi recuperación necesaria era un punto de inflexión en mi ánimo, y especialmente de esperanza, si quería conseguir mi objetivo. No podía seguir el amplio camino hasta la central eléctrica de Nicolás, ya que la iluminación artificial convertía el entorno en «un belén a mediodía»; nadie podría sustraerse a los numerosos operarios y vigilantes del turno de noche y las noticias vuelan —en dirección no deseada, sobre todo—. Quizá convenía cambiar el itinerario. Como decía Concepción Arenal: «Un hombre solo se siente débil y lo es».

Lo mejor sería abandonar los caminos frecuentados que bordean el río y llegar a Blanca por el camino de Darrax, por detrás de las colinas y cabezos de Corona. No me convenía la frecuencia de una carretera general y menos la 301, que fue trazada por los ingenieros de Primo de Rivera sobre las vías pecuarias, las cañadas reales de los Cabañiles y la Cubeta, más conocida por el barranco del Saltador. Siempre han sido vías frecuentadísimas por los huertanos, que se acuestan con las gallinas y se levantan con los búhos. Me parece que era entre Archena y Ulea donde había un miliario romano de la Vía Real, hasta que alguien descubrió que era de la época de Tiberio y se acabó el mojón. Creo

que está en el Museo Arqueológico Provincial. Tenía que llegar a Blanca antes de que amaneciera o sería blanco no solo de todas las miradas. No sabía que era Eliot quien estaba detrás de todo. Me lo habría pensado mejor. Cuando me preguntó mi jefe si conocía a Edelmiro, contesté sin esperar el apellido —no había tantos Edelmiros en el pueblo—:

—Sí. Fuimos juntos a la escuela.

—¿Sigues teniendo contacto con él?

—Claro. Tiene un blog de especial interés histórico que yo frecuento. Está haciendo una tesis doctoral sobre el valle de Ricote y habla en él de algunos descubrimientos curiosos y divertidos.

—Y sigues en contacto con él.

—Sí. De vez en cuando hablamos por Skype.

—Eso quiere decir que maneja bien el ordenador.

—Es un genio de la informática. Es capaz tanto de crear virus terribles como de establecer cortafuegos y antivirus insalvables. Lo buscó una agencia de publicidad de Miami porque había ideado un *software*, apto para manejos artísticos, que facilitaba la creatividad.

—Eso tenía entendido.

—Si quiere hablar con él, mañana mismo lo llamo para que venga. No creo que haya problema si está por aquí.

—El problema está en que el blog de que me hablas ha desaparecido, ya no está en la red. Se ha convertido en fantasma.

—No puede ser, anoche entré yo.

—Me animas. Ponte a ello.

Tenía razón mi jefe; el blog no aparecía en las redes; ni Twitter ni Facebook ni YouTube ni en ninguna de las direcciones de correo electrónico que yo tenía de él aparecía su nombre. Por alguna razón había decidido hacer mutis. Tenía sobrada capacidad para hacer desaparecer cualquier rastro suyo en la red. Y estaba seguro de que lo habría ‘realizado/ejecutado’ (*exe*) con solo dar a una tecla.

—Tiene razón. Ninguno de los buscadores da con él. Quizá su madre sepa dónde está. Puedo llamarla ahora mismo, si quiere.

—Ni se te ocurra. No sabe nada, aunque sea su hijo.

—Pero puede darle el recado de que me llame si se pone en contacto con ella.

—Te repito. Ni se te ocurra.

—No creo que la incomode darle el recado.

—Te seré claro. Se están investigando los contactos que ha tenido y entrarán en la cadena de investigación los que se vayan produciendo. Tú estás demasiado ligado a mí. No quiero estar en el ojo del huracán.

—¿Pero tan importante es su tesis para que el CESID o quien sea se pueda interesar en su trabajo?

—Hay hallazgos en cualquier campo de investigación con perspectivas inusitadas.

—Pero lo suyo son solamente cuestiones lingüísticas e históricas.

—En la historia se han registrado sueños que han cuajado siglos después.

—Pero ninguno de esos sueños, si tenía entidad, era secreto ni lo son las tesis doctorales. Que estén bajo el microscopio del CESID me parece una exageración.

—Los microscopios del CESID no han llegado a enfocar más allá de alguna amante del rey. Si fueran esos todos sus objetivos, podrías seguir con cualquier asunto que llevaras entre manos.

Me dejó tantas dudas que cualquier cosa me hacía sentir el peligro, pero al mismo tiempo me picaba la curiosidad. Tenía el teléfono de un compañero de Edelmiro que me presentó en la Facultad de Económicas de la Complutense donde había estudiado la carrera. Luego Edelmiro se diplomó en Informática y, trabajando ya, cursó Historia en la UNED de Murcia. Era su verdadero *hobby*, por lo que decidió doctorarse aquí. Aquel compañero no

tenía ni idea de Edelmiro, ni siquiera sabía que estuviera haciendo el doctorado. Ahora pienso que, más que no saber, no quería decir nada de él. Era el único hilo que de una manera tan etérea me ligaba a Edelmiro, hasta que hace unos días recibí un disquete de 3 ½. No pude ver su contenido por estar obsoletos estos disquetes en los ordenadores modernos. Ese mismo día, al llegar por la tarde a la oficina, mi jefe me dijo claramente:

—Te buscan. Vas a recibir algo que quiere la Compañía. Ten cuidado. Si contiene información que tú no debías saber, estarás en peligro. Si lo consideras necesario, tómate unos días de vacaciones.

Empecé a comprender que Interexport, la empresa de importación/exportación en la que trabajaba tenía bastante de empresa de papel, testaferrero, *lobby* o blanqueo. Empecé a comprender por qué, pese al lujo de nuestras instalaciones, los transportes eran de empresas subsidiarias; por qué el director, mi jefe, carecía de autonomía si figuraba como dueño; y, sobre todo, estaba enterado de particularidades poco menos que secretas de la Compañía. Los socios de los que a veces hablaba tenían una ascendencia sobre él desmesurada y férrea. Nunca los mencionaba por sus nombres ni discutía las directrices que le marcaban. Es verdad que lo convocaban a reuniones, pero casi siempre las consecuencias ponían patas arriba el sistema orgánico de la empresa, una lata que nos retrasaba o anulaba gran parte del trabajo de la semana. Estaba claro que las exportaciones y las importaciones no eran el objetivo esencial que dirigía nuestro trabajo. Sus socios eran una incógnita para los que trabajábamos allí, aunque había un delegado/representante, místico Eliot, a quien considerábamos un simple correveidile, que de pronto se nos descubrió con un poder omnímodo. Bajo su mando, un equipo de controladores aseguraba la rentabilidad de la empresa. Empecé a querer nombrar las cosas por su nombre. Una temeridad. Cuando venía con alguno de ellos, guardaban

una distancia prudencial, probablemente para evitar oír lo que hablaba con mi jefe. Cruzaban las manos por delante, dejando caer al peso los brazos casi en vertical. No pretendían hacer de las manos las hojas de parra de las estatuas del Museo Vaticano; comprendí que era un hábito profesional. No se interesaban por métodos de trabajo, por gastos y beneficios o relaciones con la administración pública. Recordaba ahora que en su impasibilidad, sus ojos se movían husmeando el entorno de su jefe. En otras palabras, más que controladores, eran sicarios.

Mientras caminaba en dirección a la alquería de Darrax, me sentí dolorosamente culpable. Fue una nefasta idea involucrar a Félix. Solo quería que escondiera el disquete hasta que pudiera enviármelo a un determinado apartado de correos. Ya no podía hacerlo. A la mañana siguiente se corrió la voz: Félix se había estrellado con su coche. Había caído por el puente de la rambla del Judío. El depósito de combustible había hecho explosión y el incendio lo había consumido todo. Alguien de la familia lo reconoció por el reloj; su documentación y la del coche eran solo cenizas. Fue este hecho el que me puso en guardia. Tenía que poner pies en polvorosa. Había bastado mi visita para que el pobre Félix formara parte de la lluvia. Sentía una angustia enorme, aunque el temor me impidiera avergonzarme de mi error. Ya tendría tiempo de sentir vergüenza. No conocer bien a las personas puede ser nefasto. El primer informe que redacté para míster Eliot me fue devuelto.

—Eliot se escribe con doble ele, advirtió mi jefe.

—No conocía más que a T. S. Eliot.

—Ese también.

«Ese no», dije para mis adentros.

A pesar de la oscuridad que había cuando pasé por Darrax, algunos huertanos estaban cavando con gran energía. Las riadas habían apelmazado el terreno y era necesario un secasuelo. Que

lo hicieran de noche indicaba que les iba a llegar el agua. A pesar del riego a portillo, las acequias diversifican el caudal y los ramales exigen un orden de utilización. En estío podría haber pesado el calor de la canícula para cavar de noche. La luz del fanal que les alumbraba hizo desaparecer mi figura, diluyó mi presencia en las sombras. De todas formas, estaban embebidos en la faena, de lo contrario habrían contestado a mi presencia con su «buenas noches». Los habitantes de estos pagos son muy mirados. Eso me dio tranquilidad. Sin embargo, la entrada en Blanca me produjo un cierto malestar. Patila era el amigo con quien quería contactar, vivía en la calle lateral de la iglesia de San Juan Evangelista, el templo parroquial cuya fachada principal preside la plaza Mayor en el centro histórico. Aunque no es frecuente ver blanqueños a esas horas, pronto cruzarían la plaza las beatas que asisten a misa de seis, la primera del día y en otro tiempo única. Chismosas habituales, no escaparía a su atención. Patila no respondió a los suaves golpes que di en su puerta, ni a las chinas que lancé a su balcón. Me vería rodeado de un personal exasperado si perdían parte de su sueño porque el atontado de Patila no respondía a la insistencia intempestiva de su amigo. En realidad, se llamaba Cutillas, Sebastián Cutillas, pero lo que son los niños, sus compañeros de la escuela prefirieron llamarlo con la adaptación que su zapatera lengua infantil utilizó para corregir al maestro, que lo había llamado al pasar lista. Omitió el «servidor» que el resto de los alumnos exclamaban al oír sus nombres. Iba a ponerle la anotación de ausente cuando su compañero de pupitre, poniéndose de pie, observó:

—Señor, es este niño.

El maestro lo miró por encima de las gafas y acercándose a él preguntó:

—Pero, bueno, ¿eres tú Sebastián Cutillas?

—Yo soy Patila, el Sebas.

Cuarenta y dos años después seguía siendo Patila y, en su defecto, el Sebas.

Afortunadamente, su madre, aunque había que gritarle, notó algo raro que le hizo intuir mi llamada. Abrió y me dijo sencillamente:

—Pasa, nene. Con chinicas no lo vas a despertar. Tienen que ser piedras y en la cabeza. Sube, es la primera puerta.

Patila estaba en decúbito supino con brazos en cruz y piernas en jarras. Roncaba, lo que le daba un hálito de inocencia. Mi propósito era que me sirviera de guía. Se suponía que estaba haciendo la ruta del oro. Partía de la base lógica de las palabras, así que todo debió empezar en la nomenclatura, en los topónimos que envolvían nuestras vidas... y, ¿por qué no?, nuestra muerte. La paradoja que a veces encierra la duplicidad de los topónimos tiene también su lógica. Parece que es la historia quien carga con la responsabilidad, determina la simultaneidad de uso de ambos términos o la sustitución definitiva de uno por el otro. Solo hay paradoja si el uso subsiste en las generaciones que se suceden en el lugar. Nadie en Blanca menciona Negra como alternativa; en Abarán y Cieza todavía es frecuente que, al mencionar la Sierra del Oro, añadan «o del Lloro». Es una paradoja que el oro provoque llanto —si no es por su pérdida—, pero fue la historia la que constató las circunstancias que trajeron el llanto. En la época romana se hicieron prospecciones en busca de oro, prospecciones infructuosas, pero el nombre quedó. Los únicos vestigios minerales con metales incorporados fueron de oligisto cristalizado y galena argentífera. El olfato romano motivó la clausura de las incipientes minas por no rentables. A nadie se le ocurrió cambiar el nombre de la sierra por el de Sierra de la Plata. Quedó para siempre Sierra del Oro, que luego dio nombre a una advocación de la Virgen, la Virgen del Oro. La paradoja se produjo cuando avanzada la reconquista, una sublevación en el valle de Ricote contra el poder almohade

surge para defender el espíritu de tolerancia que bereberes, abasidas y omeyas habían establecido y les había permitido, tras la batalla de Guadalete, conquistar y mantener la conquista de la casi totalidad peninsular con solo siete mil soldados. La idea de una riqueza oculta en la zona subsistió y parecía ganar adeptos, pero, tras los conatos de sublevación de los moriscos en tiempos de Felipe III, este, con el recuerdo de la guerra de las Alpujarras que promovió su padre, decretó la expulsión primero de los moriscos y finalmente también la de los mozárabes, incluidos los del valle de Ricote. Con su marcha, Sierra del Lloro se hizo también permanente. Según la leyenda, la sublevación antialmohade, encabezada por Ibn Hud al-Muttawákkil, se gestó en el castillo de al-Djujur o al-Sujayrat, el castillo de Ricote. Cuando este cayó, los sublevados a través de los pasos de la Sierra de Ricote llegaron a la Sierra del Oro.

Cuenta Al-Himyari que Ibn-Hud llegó con gran parte de las riquezas de la familia Banu Hud, la última dinastía del emirato murciano. Parece que los almohades no las encontraron, por lo que se supone que fueron enterradas en alguna de las pequeñas grutas que abundan bajo las grandes pinadas. Puede que el hecho, difundido posteriormente, colaborase en perpetuar la duplicidad del topónimo, aunque sea solo Sierra del Oro la única que figura en mapas y guías no específicas. Edelmiro me habló de un texto de Ibn-Jap(b)ib que encontró en el Cairo. Hacía referencia a la represión almohade en el ‘valle de Ricote’ (Wáadâ Ricût). Me dijo que hablaba del paraje Ben Hud, entre los *hins* de Cieza y Abarán; se supone que hacía referencia al actual Menjú, donde Ibn-Hud estableció uno de los lugares destinados a «la búsqueda de Dios». Había otras cosas que no me quiso explicar, pero que formaban parte de la fortuna de su hallazgo. En aquel momento lo interpreté como la fortuna del hallazgo del investigador, pero al conocer el interés extremo de la Compañía por Edelmiro, creo

que la fortuna de la que me habló no era puramente intelectual. Cuando vi que mi situación no tenía ya remedio, llamé a su madre, a pesar de la recomendación de mi jefe, y me dijo que no sabía nada de él; pensaba volver a El Cairo y tenía que ir a Madrid, pero fíjate qué mala suerte, me dijo, que a estas alturas tiene que cambiar de director de tesis porque el pobre profesor que se la dirigía ha tenido un accidente de circulación y ha muerto. En ese momento decidí no alquilar coche alguno ni pedirlo prestado a los amigos. Mi única vía de escape era el río. Había practicado piragüismo con unos amigos, pero no tengo piragua, solo una barca de pesca que me dejó mi tío, porque cuando murió no la había querido ninguno de mis primos. Algunas palabras de Edelmiro intuyo que forman parte de la información que me envió en el disquete. Desgraciadamente el lenguaje poético que a veces usa deja muchas cosas en blanco que hacen oscuro el mensaje. No quiero desaparecer sin hacer ciertas comprobaciones para las que necesito a Patila. Aunque se levantó, vi que no coordinaba sus movimientos. ¿Y qué decir de sus pensamientos? No comprendía por qué quería que me llevara al Salto de la Novia. Tampoco es que yo fuera muy explícito; no quería que sin comprender la gravedad del asunto cometiera una indiscreción que podía costarnos el objetivo o algo peor, la vida. Mi intención era salir de Blanca antes de que despuntara el día, pero Patila era incapaz de hacer nada sin su magdalena en vena. Se empeñó en desayunar.

—Pero si hace nada que has cenado.

—Tú estás piripi. No he probado *na* desde ayer. Hazme una ensaladica de tomate.

Su madre no le hizo el menor caso y le advirtió:

—Cuando me levante, que ahora tengo que dar un recado.

Me dejó mosca. A quién tenía que ver a esas horas y qué tenía que decirle. Las antenas de la Compañía se levantan en cualquier parte y afectan a cerebros insólitos que son capaces de informar,

a pesar de su incapacidad. Solo hablar de mi presencia ya suponía un peligro evidente para todos; así que decidí seguirla, mientras que Patila se dispuso mecánicamente a aderezar la ensalada. Me serenó ver que no se vestía, sino que otra vez se metía en la cama con su capisayo. Comprendí que lo del recado era la excusa murciana de lo que no tiene excusa, la justificación de lo injustificable. Esperé a que Patila se comiera la ensalada y rehusé su invitación. Solamente se lavó la cara, más para despejarse que como higiene diaria, y me aclaró:

—Si hay que subir al Salto de la Novia, me ducharé cuando volvamos.

—Tampoco creo que haya que sudar la camiseta. Solo quiero conocer las condiciones del terreno para saber si mi idea tiene fundamento.

—Bueno, tú sabrás para qué lo quieres.

El Salto de la Novia es un impresionante estrecho en el río Segura, ya en término de Ulea. Yo conocía alguna de las leyendas que había sobre el paraje y que el nombre sugiere, pero lo que me interesaba ahora era la existencia de simas impracticables que las escarpaduras del lugar han generado, alguna tan honda que había arrastrado hacia ella la leyenda; en ella podría efectuarse el salto, ya que era enorme en profundidad, no en anchura, cosa imposible en el estrecho; tan imposible que mis amigos y yo, cuando oímos a alguien que habla de algo como lo más peligroso del mundo, le contestamos irónicamente:

—Te equivocas, es mucho más peligroso intentar cruzar de dos zancadas el Salto de la Novia.

Tuvimos que pasar a la margen derecha para alcanzar la cúspide del estrecho. El panorama no deja serena la mente, aquella profundidad la libera, es un vuelo virtual que acapara los sentidos y une los contrarios: impotencia y plenitud, decepción y entusiasmo, alegría y tristeza, esperanza y... esperanza —no

quiero dar cabida a la probabilidad del fin—. Sentí en las entrañas el vacío de la caída al mirar la terrible lejanía del inalcanzable lecho del río. Sentimos en la cara la fresca brisa que la claridad del día convoca. El silencio cayó sobre mis ojos como una mancha de sol ardiente, atenacé el brazo de Patila que, bromista impenitente, hacía aspavientos de lanzarse. Rompió a reír y su risa me hirió como un anatema de censura a mi sentido del humor. No sabía a qué agarrarme para no sentir la llamada del vacío. Son sensaciones nuevas que es preferible experimentar con un parapente a la espalda. Aparté/aparqué la obsesión del salto y volví la vista a las grietas que desgarraban el núcleo esencial de la montaña. Sería necesario un equipo de espeleología para comprobar los huecos que se pierden en la progresiva e intensa oscuridad de la sima. La posibilidad de su utilización como escondrijo era suficiente para acabar con la breve excursión que había interrumpido mi huida. Para Patila constituía la única verdad, un alto en el camino hacia Murcia, donde estaría unos días. Después no estaba seguro de si iría a Cartagena o a Málaga. Cuando me estableciera, lo llamaría o le escribiría si no había cobertura para el celular. En realidad, me dirigía a Alicante. De allí era el apartado de correos que di a Félix. Antes de salir de España necesitaba recuperar el disquete que había desencadenado la trágica acción. Las incógnitas se me acumulaban. No sabía si Félix había logrado enviármelo antes de su desgracia ni si el contenido corroboraba lo que yo intuía o deducía de las sugerentes y poéticas —maldita poesía— palabras de Edelmiro: «La auténtica riqueza se aferra a la sima de nuestra conciencia, engullida por la lluvia que se pierde en su inmensidad. Ya lo verás». Yo no había visto nada, ni siquiera si ese futuro estaba ligado al disquete. Lo único cierto que veía era que había despertado expectativas en los socios de mi jefe y eso le daba carácter de filón. No entendía en cambio por qué había que mantenerlo en secreto a toda costa, incluso con la promoción de daños

colaterales. Yo sería muchas cosas y me habían llamado muchas más, pero considerarme medida necesaria de daño colateral era demasiado. Un amigo de Patila me llevó a Murcia por la 301, que corre paralela a la autovía Albacete-Cartagena. Me dirigí a casa de mis padres; demasiado obvio. Preferí alojarme en una pensión antigua, de esas que reformadas han adquirido visos y categoría de hostel. A la mañana siguiente me mudé a otra. No fueron necesarios más cambios porque un ocasional compañero, viajante de comercio, se prestó a llevarme de copiloto a Mazarrón. Hábilmente me cercioré de que no tenía la menor idea de la existencia de la Compañía y menos de Interexport. Pero sí conocía al capitán de un barco de cabotaje que a la noche zarpaba para Alicante. Cuando entré en correos, no quise saber quién había a mi espalda, abrí el cajetín y lo encontré vacío. Bueno, había cinco cartas, todas ellas balances de cuentas bancarias y publicidad, nada. Mis estancias en Alicante eran solo ocasionales; se producían cuando había envíos o recepciones que se efectuaban por mar. Para la actividad desde el puerto de Valencia estábamos concertados con dos empresas asociadas especializadas. Tras mi fallido intento de hacerme con el disquete, me dirigí a la lonja de contratación del puerto. Un barco de carga de una compañía que utilizábamos con frecuencia para el transporte de mermeladas y conservas partía de madrugada; no llevaba pasaje, pero por nuestras relaciones comerciales accedieron a llevarme como invitado. Iba a tener un día movido porque necesitaba equiparme y no quería utilizar tarjetas de crédito, fáciles de rastrear. Solo dejé en mi cuenta de la CAM dinero suficiente para pagar los gastos de mantenimiento sin necesidad de cerrarla. No tenía recibos ni gastos periódicos domiciliados en aquella cuenta, así que salí con mis trece mil quinientos euros y la ilusa convicción de que al haberlos cobrado por caja la anotación no estaría en la red hasta el día siguiente. Me fue difícil escoger ropa discreta todo terreno,

pero lo fuera o no lo fuera quedó en el puerto más o menos acomodada en un pequeño trole válido como equipaje de mano en los aviones.

Después de comer algo en kioscos callejeros y sestear tomando café en un viejo bar de la subida al castillo, decidí acampar en un puticlub que no cerraba hasta pasadas las tres de la madrugada y los recursos a la intimidad de que disponía me permitían no exhibirme con desprecio por el destino.

—Cariño, ¿has venido solo esta noche?

—¿Para qué voy a traer a nadie? Espero que tú seas mi escolta.

No conocía a la chica, pero era mucho mejor que las que había visto antes en aquel local de las afueras. Tampoco estaba mucho en lo que estaba, así que no pude relajarme lo bastante para abandonar mi convicción de que la sombra de la Compañía es alargada, variada, acomodaticia, subrepticia, sorprendente y perversa. No estaba seguro de la inocencia de la chica, pero no era habitual del Manhattan y eso me dio confianza, aunque momentos después se invirtió mi presentimiento. Pudo ser colocada allí como punto de control al arribo de un vulgar jovenzuelo de veintiocho a cuarenta años, como yo. Decidí alargar una ficticia estancia en mis confesiones de alcoba, asegurarme una excepcional compañía en noches sucesivas o alternas, según me permitiera mi trabajo, que requería una fidelidad laboral —el trabajo es el trabajo—. Así se lo pedí.

—Si tienes conciencia de que estoy trabajando y que tengo que trabajar, a mí también me gustaría.

—¿Alcanza para reservarte para mí mañana noche? —le dije alargándole uno de los billetes de cien euros que me habían dado en la CAM. Sin mirarlo lo guardó en su bolso.

—Soy toda tuya.

Prefería que creyera que iba a permanecer varios días en Alicante, que podría ser localizado cualquier noche en Manhattan.

Allí querría estar, en Nueva York. A eso de las tres y media recogí mi maleta de la consigna del puerto y me dirigí por el malecón hasta donde estaba fondeado el Nerea, el buque que iba a llevarme lejos. Según me comentó el capitán, haríamos escala en Lisboa, Burdeos y Amberes, así que podía elegir destino. Al nombrarlos, me decidí por Burdeos, aunque tuviera que remontar el estuario del Garona. Conocía las tres ciudades y no era por la posibilidad de seguir la ruta de los *châteaux*, la ruta del vino, que también; era especialmente porque yo hablaba francés y, aunque en Bélgica es idioma cooficial, Amberes está en zona flamenca y los puñeteros flamencos simulan no conocerlo; aberraciones de los nacionalismos secesionistas. Parece que fue la primera ciudad europea que montó un zoo con simulación del hábitat natural de cada especie y que, por la humedad, su catedral está construida sobre una capa de pieles de toro —quizá recuerdo de la dominación española en Flandes— y que las «blondadoras» o «bolilleras» —valgan las denominaciones— realizan sus encajes de bolillos de tertulia en las aceras y vestidas a la usanza del siglo XVII. Pero Burdeos... ¡Ah! Burdeos, el toque napoleónico de sus monumentos y la proximidad de la Gironda con sus reminiscencias revolucionarias; la cuna de Charlotte Corday, que acabó con Marat, uno de los ideólogos de la revolución, en su bañera —un encargo de los girondinos—. Lisboa no contaba, estaba demasiado cerca. Fue allí —quizá por eso— donde pude consultar la prensa española a la mañana siguiente. Mi afán por buscar alusiones a la Compañía no me permitía leer con juicio crítico columnas que valoraban las últimas informaciones, de ahí que me saltara el valor político de un crimen cometido en la urbanización de La Florida, en la carretera de La Coruña, un poco antes de Las Rozas. Topé con él en la sección de sucesos de uno de los periódicos que había comprado. Me extrañó por la localización del suceso, una urbanización con servicio de seguridad permanente, control de entrada y ronda